AÑO DE LA FE Y NUEVA EVANGELIZACIÓN

Retos, retales, retoques

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v60i2010.226>

ALONSO MORATA MOYA*

INTRODUCCIÓN

Venimos hablando desde hace unos años de los retos de la Iglesia en esta sociedad consumista y descristianizada. La hemos catalogado como sociedad post-cristiana, sociedad anodina, sociedad anticristiana. Nos permitimos hablar de postmodernidad referidos a actitudes que difieren de la llamada *modernidad*, sin caer en la cuenta de que lo que era postmoderno solamente consistía en una constatación de cambio sin identidad peculiar y que en esta acepción cabían múltiples actitudes, reacciones y realizaciones.

Sin duda que la Iglesia, como lugar teológico de encuentro de Dios con los hombres, sita en unas coordenadas peculiares en cada época, siempre ha tenido que afrontar retos, a veces tan hondos como los de hoy. Pero los de ahora son los nuestros, los de los cristianos de hoy, los de comunidades que se sienten a veces ganadas por el desánimo y otras se encierran en sí mismas, incapaces de responder y retroalimentándose de nostalgias y modos del pasado que, al menos, les proporcionan cierta seguridad. No es en el volver al pasado donde vamos a proponer a nuestra sociedad, pobre y necesitada de la palabra, la buena noticia, y nueva también hoy, del Evangelio, incluso como medio de convivencia social nueva y constructora de equilibrio desde el amor y la justicia.

Los retos están ahí. Nuestros jóvenes parecen ser de la manera que nosotros percibimos: viven en una cultura pluralista y ambivalente, «politeísta» y neutra. ¿Será ésta la mayor dificultad? Posiblemente no, la dificultad está en querer imponerles una fe unívoca, confeccionada con retales del pasado y con unas gotas de «técnica» y medios modernos que malamente camuflan la nostalgia de «tiempos mejores». Y, ciertamente, los mejores tiempos para la Iglesia de hoy son éstos en los que nos encontramos, en los que hemos aprendido la sencillez y la humildad que, por otro lado, caracterizaban la predicación primigenia, la de Jesús de Nazaret; tiempos en los que hemos de asumir que somos pocos, pero nunca que estamos derrotados por el lastre de ese pluralismo y ambivalencia, de

* Sacerdote Operario, Director de la Revista Seminarios. Director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades de la Conferencia Episcopal Española.

ese entronizar a muchos dioses efímeros e inanes, dioses que llenan por un momento las aspiraciones de los hombres y luego se desvanecen. Y esos «dioses» los encontramos en todos los ámbitos: político, artistas de la farándula, héroes deportivos y también «gurús religiosos», no pocas veces en las filas del propio cristianismo al que quieren acomodar a sus «intuiciones», faltos de carisma y llenos de audacia, negociantes muchas veces con los sentimientos y las carencias de los que surge la búsqueda sincera de muchas personas.

En nuestra Iglesia de hoy, a veces, hemos olvidado seguir a Cristo para empeñarnos en ritos; y, es verdad que los ritos son un medio de cercanía y de acercamiento, pero pierden su fuerza, si están vacíos del contenido evangélico.

Cierto que estamos, aparentemente al menos, en inferioridad de condiciones con los «promulgadores del hombre sin religión, del hombre sin referencias al Absoluto», lo que podemos denominar «el hombre desarraigado» sin base en el pasado y sin proyecto a largo plazo, contento y feliz de desarrollar el cada día, sin preocuparse más que de tener una buena situación económica y/o una cumplida satisfacción sentimental-afectiva. Podemos asumir lo que dice el Documento del Congreso Europeo de Vocaciones de 1997: «Son opciones sin ninguna apertura al misterio y a la trascendencia, y quizás también con escasa responsabilidad respecto a la vida, propia y ajena, de la vida recibida como don y para transmitir a los otros... es tanto como decir que, en la Europa culturalmente compleja y privada de precisos puntos de referencia, semejante a un gran panteón, el modelo antropológico prevalente fuese el del *hombre sin vocación*» (11c). Pero el constatarlo sólo ha de producir en nosotros la tarea de suscitar otras preguntas en nuestros jóvenes, personas maduras y mayores, todas ellas atrapadas en esta especie de cepo de «encefalograma religioso plano». Y, si están atrapadas, cuando se den cuenta de ello reaccionarán, personal y colectivamente. Ya somos testigos de que estas reacciones se están dando poco a poco en miembros de esta sociedad que, de pronto, descubren un camino de felicidad que no se les había proporcionado, más aún, que se les había ocultado por todos los medios.

Pero es hora de que nos detengamos en los puntos señalados en el título e intentemos presentar pistas de respuesta «nueva» ante lo que nos ofrece nuestra sociedad. Partiendo de una actitud totalmente constructiva y del hombre y mujer de hoy. Somos comunidad en camino, que no se detiene si no es para acompañar a otros y transmitirles la alegría del encuentro, un encuentro que es conversión: cambio de dirección en la ruta, somos la generación que tiene que asumir con valentía y confianza la Nueva Evangelización.

LOS RETOS DE LA IGLESIA EN LA SOCIEDAD DE HOY

Son tantos los retos que se nos presentan que encuadrar algunos no significa hacer un retrato total y exclusivo de ellos, sino sólo poner unos objetivos de tarea y, en éstos, los que parecen más urgentes, entre los que figuran los siguientes:

1. *Traducir un lenguaje, enseñar el propio*

Sabemos que el lenguaje es el medio más valioso de expresión: tanto en su vertiente oral como en los gestos, signos, símbolos e iconos. Y nos damos cuenta de que muchos de nuestros signos no son comprendidos por las gentes (sobre todo los más jóvenes) que nos rodean, y ello no por causas de falta de cultura, sino porque o han sido vaciados de contenido o éste se ha convertido en arcano y esotérico. Por esta razón una de las tareas urgentes es situarse a la escucha del lenguaje «de moda», entenderlo, comprender sus iconos y gestos y traducir nuestro propio lenguaje a esas «cajas semiológicas» que contienen los signos y significados nuevos.

Y es éste un lenguaje que no se reduce a aprender unas palabras que decimos en plan moderno, porque corremos el riesgo de que las entiendan en otro sentido y piensen no que sintonizamos con ellos, sino que queremos «fingir» un entendimiento de su vida y situación que no somos capaces de comprender.

Necesitamos una mutua y recíproca traducción, hasta el punto de retomar signos y símbolos, expresados en el lenguaje nuevo, pero sin perder la realidad que significan. Lo cual no es tarea fácil, sí obligación evangelizadora urgente. La manía persecutoria de algunos grupos, al crucifijo, a los profesores de religión¹, por ejemplo, es síntoma de que para ellos tiene un significado diferente al que es en realidad: creen que indica enfrentamiento con el diferente, guerra a los no creyentes, siendo el signo más acabado de la cercanía, de la paz, del dejarse ganar por todos, de la renuncia al poder en esta sociedad, de la reconciliación, del saber comprender la debilidad de los demás. No necesitamos una cruzada en plan guerrero, sino una comprensión de lo que significa el icono de la cruz: posibilitar la felicidad del hombre. Ese Cristo ahí crucificado desea para nosotros felicidad, alegría, paz, sentimiento de misericordia para todos y nos invita a acudir en ayuda de los más desfavorecidos. ¡Allá aquellos que quieran darle otro sentido! Nunca en la historia del hombre debió la Iglesia ser signo del poder y el predominio sobre los demás; es sólo invitación a una buena noticia, que se propone, pero a la que a nadie se obliga a seguir como camino. Sabiendo que quien lo descubre, encuentra en él un horizonte que nunca antes había vislumbrado.

Situarnos en el lenguaje para enseñar el propio, porque no renunciamos a vocear la nueva y buena noticia, ni a proponerla con la novedad de iluminar la vida del hombre y la mujer de hoy, incluso de esas situaciones que nosotros no llegamos a comprender y para las que podemos ser, en alguna medida, intolerantes. La luz nueva tiene que llegar en primer lugar a nosotros, para que, como tal, la presentemos a nuestros hermanos. Decíamos más arriba que lo primero era situarse a la escucha, penetrar en los signos del hombre de hoy, comprender el contenido de sus iconos y símbolos y después establecer un diálogo para el

1. Es curiosa la noticia que sale hoy, 4 de octubre, en los periódicos de que la Junta de Andalucía ha prohibido a los profesores de religión estar en el recreo con los alumnos.

que se necesita mucha atención, abandonando todo sentido de prepotencia y exclusividad. No se trata de caer en relativismos ni rebajar la exigencia del ser cristiano, sino de establecer un camino-proceso de encuentro, acompañando ese camino como el que está también aprendiendo, pero no simulando que se aprende, sino de verdad *convirtiendo* nuestra vida al camino nuevo que en toda evangelización el Señor ofrece a los que evangelizan, no solo a los evangelizandos. Sin una luz nueva no es posible predicar la «buena nueva». La Palabra por excelencia, se comunica siempre a través de nuestras palabras, cuando nuestra palabra comprende antes las palabras de los otros, para poder traducir un lenguaje y exponer en ese lenguaje el nuestro propio, el de Cristo salvador, amigo y servidor del hombre, proyecto de futuro para todos aquellos que caminan hacia la plenitud.

Sabemos que nuestra propuesta no es la única que reciben los jóvenes de hoy, que hay muchas, en apariencia más atractivas, que conllevan menos riesgo, pero, ¿acaso no es el sentido del riesgo el que mueve la vida de muchos de nuestros jóvenes? Basta con echar un vistazo a los «deportes de riesgo», a aventuras emprendidas sólo por descargar adrenalina y sentir el gozo físico-químico de esa realidad, de ponerse en peligro, para valorar la capacidad de superación. ¿Quién nos ha dicho que el joven de hoy no está deseoso de un algo más que le defina como hombre pleno de este tiempo? ¿Rechazará al que es la plenitud de los tiempos, si le ayudamos a descubrirlo, desde sus coordenadas, emprendiendo el camino de búsqueda con él?

En la audiencia a los participantes en la plenaria del Consejo Pontificio de la Cultura, en 2011 el Papa emérito Benedicto XVI indicaba que se necesitan nuevos lenguajes para comunicar la fe, decía: hay «que ponerse a la escucha de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, para promover nuevas ocasiones de anuncio del Evangelio». Porque malamente podemos encontrar el lenguaje nuevo que se necesita para pregonar la 'novedad perenne' del Evangelio, si antes no sabemos ponernos a la escucha. Diremos palabras que sonarán a arcaísmos con los que no pueden construir su vida. Más adelante nos recuerda: «Los problemas parecen a veces aumentar cuando la Iglesia se dirige a los hombres y las mujeres alejados o indiferentes a una experiencia de fe, a los cuales el mensaje evangélico llega de manera poco eficaz y convincente». Sin renunciar a la novedad del lenguaje evangélico pero valiéndose «con renovado empeño creativo, y también con sentido crítico y discernimiento atento, de los nuevos lenguajes y de las nuevas modalidades comunicativas».

Me han parecido luminosas sus palabras al subrayar que «para que el diálogo y la comunicación sean eficaces y fecundos es necesario sintonizar en una misma frecuencia». Y también que la Iglesia puede acudir al «extraordinario patrimonio» de símbolos e imágenes de su tradición. Indicando el valor del arte y de la liturgia, concluye: «Más incisiva aún que el arte y que la imagen en la comunicación del mensaje evangélico es la belleza de la vida cristiana». Por

eso, continúa: «Necesitamos hombres y mujeres que hablen con su vida, que sepan comunicar el Evangelio, con claridad y valor, con la transparencia de las acciones, con la pasión gozosa de la caridad».

La Iglesia tiene un lenguaje propio, pero hay que acercarlo a los hombres y mujeres de hoy, ciertamente, que la forma de vida es el mejor medio de comunicarlo y también el presentarnos como aquellos que no saben todo, que no son detentadores de la única verdad, sino que se acercan porque necesitan aprender. Es importante aprender juntos.

2. *Comprender unos usos, abrir a una vida nueva*

La escucha, el diálogo sirven para entender la manera de ser, la «cultura juvenil», las formas de entender la vida, las trampas y servidumbres de los hombres y mujeres de hoy. Y no podemos condenar esta realidad. En definitiva, nuestra historia pasada, nuestra dejadez, nuestro retardo a reaccionar, nuestro pensar que la sociedad de cristiandad era indestructible, nuestra falta de rapidez para llevar a cabo los caminos y horizontes abiertos por el concilio Vaticano II, nuestras disputas entre progresistas y conservadores, todo esto ha creado un clima de alejamiento en muchas familias, que ha influido en la falta de introducción en la vida de fe a sus miembros más jóvenes. José Luis Moral nos dice: «Lo cierto es que hoy, tras los numerosos avatares del proceso, no pocos acaban por no creerse la historia que relata la Iglesia católica. Y cada vez son menos quienes tienen la experiencia que está en la base de la fe cristiana, por un lado, la fe cristiana sigue narrándose en formas, lenguajes y símbolos antiguos, literalmente increíbles para las mujeres y hombres modernos; por otro, y en buena lógica dependiendo de lo anterior, las experiencias humanas hodiernas no sintonizan con la cristiana»².

Cierto también que los cambios sociales han sido y siguen siendo tan rápidos que no nos da tiempo a reaccionar. Pero ¿ocurriría lo mismo, si mantuviésemos fresca y viva la palabra, si nuestras vidas respondieran a una forma de ser evangélica, menos moralista y más arraigada en la entrega redentora del Señor, que lleva a la resurrección, a la vida? Pienso que nos hemos entretenido en pequeñas cosas internas y se nos ha olvidado que el mundo tiene necesidad de evangelización siempre, que ésta no es una acción que se realizó en los tiempos apostólicos y después en los territorios de misión (África, Asia, Oceanía), sino que toda la tierra es «país de misión» y que esto supone no sólo mantener un orden jerárquico que manifieste la unidad de la Iglesia, sino también un orden dinámico que nos haga caminar al ritmo de los hombres y mujeres de cada tiempo, que abra a los niños y jóvenes a la ilusión y la alegría que les trasmite la certeza de creer en el Señor Jesús, amigo y compañero.

2. J. L. Moral, *¿Jóvenes sin fe? Manual de primeros auxilios para reconstruir con los jóvenes la fe y la religión*. Madrid 2007, 11.

Es preciso escuchar y hacerlo con atención y no hacer juicios precipitados, sino poner el amor en el primer lugar, la ternura, la comprensión, la conciencia de nuestra propia debilidad, sanada solamente por quien es Padre de misericordia, que envía cada día al Hijo para mostrar su cercanía a los hombres y da la energía necesaria para superar las dificultades con la presencia alentadora del Espíritu. Es una escucha no sólo de las palabras, sino sobre todo de los gestos, los anhelos, las necesidades de todos, en cada una de las culturas y tradiciones en las que se sigue encarnando la «Buena nueva».

3. *Ser testigos, dejándose impregnar del 'aceite nuevo' del Evangelio: oración y escucha.*

Junto a la escucha está la oración que, en sentido pleno, es también capacidad de escucha de lo que el Señor quiere para las personas de hoy. Con esa escucha recibiremos el «aceite siempre nuevo» del Evangelio, el único que nos hace testigos no de lo que hemos aprendido, sino de lo que vivimos cada día, entre dificultades y contratiempos, conscientes de nuestra debilidad y pecado.

Son necesarias horas de presencia ante el Señor, de escucha serena, de silencio interior, de esa «soledad sonora» de la que habla el místico español, para que se inserte en nuestra vida ese óleo que unge lo más profundo del ser y exhala buen olor. De niño me llamaba la atención esa frase que decían de algunas personas: «Ha muerto en olor de santidad», ahora comprendo que ese perfume no es barato, que exige mucho y un total desasimiento de sí mismo, que ciertamente había personas que habían dejado hacer al Señor su obra y se habían dado totalmente y, por esa razón, ejercían una fascinación y atracción grande a su alrededor. Ese era el «olor de santidad», ese era su testimonio de quién había sido el importante y qué obra la prioritaria en su vida. Testimonio que se expandía en derredor suyo. Su oración se había convertido en escucha del plan de Dios, como, por otra parte, debe ser la oración, toda oración del cristiano.

Además es preciso responder a la exhortación de Jesús: «Rogar al dueño de la mies que envíe obreros a su mies» y hacerlo desde las más pequeñas a las más importantes comunidades; desde la oración de los enfermos, hasta los niños y las familias, pasando por los grupos de jóvenes, que se abran a la respuesta a la llamada. Porque muchos de los jóvenes de hoy sienten tener una riqueza tal que les es difícil renunciar a ella, como el joven del evangelio, pero si perciben esta otra clase de riqueza, más allá de su atractivo juvenil, de sus cualidades de trato, simpatía, de su capacidad intelectual y de su potencia de «ligue», de la valoración que hacen de este tipo de entrega sus «colegas», de la alergia a un compromiso para toda la vida; a pesar de todas estas «limitaciones» de riqueza real en los jóvenes de hoy, la que ofrece Jesús puede llenar sus anhelos. Cuando Pedro dice: «Mira, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido», le responde: «¿Os aseguro que todo aquel que haya dejado casa, o hermanos

o hermanas, o madre o padre o hijos o tierras por mí y el evangelio, recibirá en el tiempo presente cien veces más en casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y tierras, aunque con persecuciones, y en el mundo futuro la vida eterna (Mc 10,28-31)». «En el contexto de este capítulo 10 puntualiza tres grandes relaciones humanas: el hombre y la mujer, el matrimonio; el hombre y el niño, los pequeños; el hombre y el pobre, o el hombre y las riquezas. Tres relaciones que definen la estructura de la persona.

Tal vez nos sorprenda la alusión al niño, pero precisamente hoy... debemos resaltar que el abuso de la infancia es una de las formas de degradación del hombre. Comprendemos entonces la importancia de poner, por parte de Jesús, la relación hombre-niño al lado de la relación hombre-mujer y hombre-pobres. De los tres momentos en los que desarrolla el tema de la relación del hombre con la riqueza (el joven rico, vv.17-22; la imposibilidad del rico de entrar en el reino, vv. 23-27; y el que algunos, por la gracia de Dios, renuncian a las riquezas y siguen a Jesús, vv. 28-31) el tercer momento marca que el hombre por sí solo es incapaz de renunciar a las riquezas, pero con el don de Dios esto se hace posible.

Ésta es la ubicación de nuestro texto evangélico, que no es simplemente un relato de vocación; es también un texto sobre la relación con las riquezas, con *todo aquello que supone riqueza para la persona*³.

Esta cita del Cardenal Martini nos sitúa en las riquezas y las renunciaciones, en la dificultad que tienen nuestros jóvenes para decir «no» a tantas cosas que se les ofrecen. Si hace unos años los jóvenes vivían más unidos a la cultura de los mayores, hoy ellos generan su propia cultura. También hay grupos sociales que intentan apartarlos, y en gran medida lo consiguen, de las costumbres de sus padres. Y siendo normal y lícito, porque el mundo está en cambio continuo, ocurre que no buscan el bien del joven, sino que entren en dinámicas que, bajo el señuelo de la libertad, los obliguen a conductas que les vuelven dependientes y los degradan. Porque para los hombres es imposible no caer en el señuelo de ser «libres» para tener y gozar, sólo el ejemplo, la escucha, la oración y el acompañamiento, realidad de la presencia de la gracia, pueden ayudarlos a renunciar. Porque los bienes que les ofrecen: casas, mujer, etc. son tangibles; para muchos los otros bienes centuplicados se sitúan en el campo de una utopía irrealizable. Los últimos datos de la Encuesta de la Fundación Santa María dan fe de ello.

4. *Ser de nuevo significativos (desde la sencillez, la cercanía, la comprensión y el sentido de misericordia)*

Podíamos decir que es la pregunta del millón: ¿Cómo ser hoy significativos? Hay un buen porcentaje de nuestros jóvenes españoles que pasa por nuestro lado: catequesis; colegios; pequeños grupos post-catequesis de iniciación, jóve-

3. C. M. Martini, *La audacia de la esperanza*, Estella (Navarra) 2005, 147.148.149.

nes que se preparan para la confirmació. Y digo que pasan por nuestro lado, porque pocos se sienten identificados con nosotros. Quizás en la niñez ven con cierto deseo romántico la posibilidad de entregarse más a la misión: sacerdotes o religiosos, religiosas, compromiso laical, pero nos llama la atención de qué manera se van alejando cada vez más de la estructura Iglesia y se enrolan en una vida de pandilla, porque la verdad es que tampoco son muchos los que encuentran en el camino político la vía de servicio a los demás. ¿Por qué ha perdido su significatividad el ministerio o la vida religiosa? No es fácil contestar a esta pregunta. Pienso que sólo desde un acercarnos sin pretensiones, solo para estar con ellos y disponibles para cuando nos necesiten se puede recuperar una significación, socialmente perdida hoy, sin pretensiones de conversiones masivas, uno a uno, persona a persona, en actitud de escuchar y aprender. Quizás tenemos demasiadas cosas que no corresponden al ministerio y abandonamos lo esencial.

La más elemental y grave dificultad del cristianismo occidental en nuestros días: los profundos cambios modernos –sobre todo a partir de la Ilustración– nos han cogido con unos conocimientos e interpretaciones anticuadas de la experiencia cristiana, y, lo que es peor, sin pericia para repensar formulaciones y prácticas que puedan no solo ser inteligibles, sino que, una vez trastocada en profundidad la experiencia global de los hombres y mujeres, nos exponen asimismo a deformar gravemente la misma experiencia cristiana original⁴.

Hemos, por tanto, de aceptar la crítica que nos lleva a descubrir las posibles contradicciones que se dan en nuestra vida, aparentemente llena de piedad, al presentar los «dones de Dios» como algo que viene dado como pago por nuestras devociones y prácticas de piedad.

Por eso hemos de ser realistas y ver que nuestros niños y jóvenes están muy ocupados en sus tiempos de ocio: deportes, grupos de música, diversas actividades extraescolares, que los alejan incluso de la convivencia en el hogar. Niños y jóvenes hay que ven a los padres como si fuesen el gerente (o gerentes) del hostel donde se hospedan, con lo que tienen difícil el captar la vida de los mismos, sus pensamientos y costumbres. No olvidemos que la crisis de vocaciones al matrimonio (como compromiso definitivo) no es menor que las vocaciones a la vida consagrada y/o al sacerdocio ministerial.

Hay, pues, dificultades objetivas, a más de las subjetivas, pero ninguna de ellas puede ser determinante para dejar la misión, callada, sencilla, llena de misericordia, de generosidad total. Misión que, al fin y al cabo, es encomienda, que no hemos inventado nosotros, que no es en beneficio nuestro, sino de abrir horizontes nuevos, de animarles a que miren hacia arriba y al futuro. Por eso necesitamos, como más arriba decíamos, la oración, también para que abra los corazones y los oídos del interior a la nueva música, la música de Dios, que no en-

4. J. L. Moral, *Ibid.*, 14.

loquece, sino que construye en armonía al hombre nuevo. No es bueno recriminar conductas ni pecados, sino hacerles descubrir que eso que ellos creen que es la vida, en la que se sienten tan a gusto, es solo una sombra maltrecha de la vida a la que están llamados, pero sólo la gracia puede lograrlo, nosotros debemos estar cerca para que puedan apoyar su hombro antes de continuar, o mejor desviarse del camino que lleva a ninguna parte, para encaminarse hacia la luz.

Pero es importante que el imaginario social sobre la persona cristiana se abra al que promovió el Concilio Vaticano II: ser cristiano es «responder a una llamada» que lleva implícita la tarea-misión. Y la primera tarea es la de construir el nuevo «universo simbólico» cristiano. «A partir del universo simbólico, las personas o los grupos institucionales elaboran sus propias visiones del mundo. Sobre la plataforma de ese doble entramado de significaciones —universo simbólico (social) y visión del mundo (individual)— se desarrollan las búsquedas, cambios y ajustes para delimitar quienes somos o lo que queremos, vemos, creemos, esperamos, o cuanto los sociólogos denominan las ‘negociaciones de significados’, incluida la propia identidad⁵».

Significativos con la significatividad de Dios, para quien nada hay imposible. Simplemente sabiendo estar, con sencillez, capacidad de escucha y generosidad total. Pero sabiendo poner al día estos medios de «simbolismo» que llevan a la realidad del Dios-amor cristiano. Modernizar el lenguaje para que lleve al núcleo de la fe, porque, en caso contrario, «la identidad cristiana que tiene una sociedad concreta conduce a tratar a los creyentes de un modo particular, lo mismo que impulsa a estos últimos a manifestarse de un modo u otro para confirmar, rechazar o esconder tal identidad. Así que, en un caso extremo que —por desgracia— no es ajeno a la vida de los jóvenes, cuando ser creyentes termina por imaginarse como ‘algo de antes’ que impide vivir ‘a tope’ como personas de hoy, no pocos escapan de la religión para no cargar con ese sambenito de la antigüedad»⁶.

RETALES DEL PASADO, ¿PUEDEN AYUDAR A CONSTRUIR EL FUTURO?

Somos herederos de una larga historia, una historia de salvación que se remonta al primer bostezo de la humanidad. Repasarla, tanto en su vertiente laica como religiosa, nos da claves para construir el futuro. Se me ocurren algunos hechos: «el diluvio»; «Moisés-Egipto-el desierto-la tierra prometida»; «las bodas de Caná»; «el Λόγος». Todos ellos están escritos en unas claves para un tiempo, claves simbólicas que han sido útiles hasta la modernidad. Nos tenemos que preguntar ¿qué identidad creyente hay en la sociedad actual? Oigamos, de nuevo, a José Luis Moral: «Lo que comúnmente se entiende por ‘ser cristiano’, actúa como el significado básico que socialmente se tiene por verdadero y orienta la

5. *Ibid.*, 19.

6. *Ibid.*, 21.

negociación y construcción de la identidad. Cuando cualquiera pretende dar a esa un contenido religioso, lo inicialmente significativo son los significados que la gente encuentra en la sociedad. Quiere esto indicar que, digamos lo que digamos, lo primero que se entiende o interpretan los demás de cuanto afirmamos se corresponde con alguna o varias de esas formas que identifican al católico como *un rezador, como quien cree en preceptos de la Iglesia y como el que sigue en eso de la fe porque, de vez en cuando y para no romper con lo que siempre se ha hecho, se relaciona con prácticas religiosas*»⁷.

«No es fácil que, sin liberarnos de retales del pasado que presentan el ser creyentes como algo ‘démodé’, como una serie de ritos y formas que han dejado de tener sentido para la experiencia de planificación humana, como un conjunto de «creencias» sin posible aceptación por los jóvenes y por quienes se consideraran hombres de este tiempo, podamos seguir proponiendo la forma de vida del Evangelio como un camino que lleva a la felicidad de las personas. Siguiendo con el discurso anterior hay tres escenas cristianas: escenario existencial; escenario de auto-legitimación; escenario de interdependencia.

En el primer escenario o forma de identidad católica, la «imagen social del creyente, tiene detrás a una persona que se vuelve reflejamente a Dios, en especial cuando le «aprieta mucho la vida». Entonces se reza. Dios y la fe, en el segundo, se relacionan con normas y modos de vivir, particularmente cuando la culpa, duda o desorden de la vida hacen que uno se ‘sienta mal’. La imagen social representa de este modo a personas que creen en mandamientos con los cuales legitiman el comportamiento, sosteniendo asimismo que toda existencia verdaderamente humana debería ajustarse a ellos. Antes que cristianos de interdependencia, deberíamos hablar de ‘demanda de interdependencia’, puesto que en él se identifica al cristiano con conductas referidas a la ‘participación en ritos, fiestas o actos comunes’, aunque solo remitan vagamente a la religión católica. El creyente se suma a cuanto ‘desde siempre vienen haciendo muchos de sus conocidos’ (bautismos, matrimonios, funerales), porque no quiere quedarse ‘sin el suelo firme de las antiguas costumbres’»⁸.

Ciertamente esta larga cita presenta las escenas que están en el imaginario de nuestra sociedad en lo referente a lo que es una persona cristiana. Vemos que no responden sino a ropajes externos que no tienen ninguna fuerza de llamada y repercusión. Aún más, cuando alguien dice que es creyente, se le considera alguien fundamentalista y fanático, el por qué no es fácil de descubrir en su totalidad, pero alguna razón puede venir de que muchas de las personas «anteriormente creyentes» que han abandonado o se han alejado, tenían esta imagen de la fe cristiana como un elemento más que caracterizaba la antigua «sociedad de cristiandad», que casaba muy bien con el «antiguo régimen», eso

7. *Ibid.*, 23.

8. *Ibid.*, 23-24.

en España y de forma similar en la Europa de la postguerra (II Mundial), que encontró en los valores cristianos una manera de «purgar los pecados».

Pero hay una escena oculta, ya que, si bien, ésta es la imagen, ninguna de ellas hace justicia. Hay una identidad cristiana, la acreditada por el Vaticano II que parece no haber tomado acta de realidad entre los hombres y mujeres de nuestros días. El cristiano es un llamado que responde libremente a Jesús y su mensaje del reino. «El Dios de Jesús es aquí el Padre-Madre que sostiene, acompaña y compromete, respondiendo a los 'gozos, esperanza y tristezas humanas'. Para esos cristianos 'vivir de fe' constituye un proceso libremente asumido —con el que se responde al Evangelio—, de donde brota la oración como diálogo, una moral más de iniciativas que de obligaciones y la comunión sobre la que se asienta la comunidad⁹».

Cuando me paro a pensar sobre este cristiano, esperanza de los años inmediatamente posteriores al concilio, me pregunto ¿quién lo ha secuestrado?, ¿dónde se encuentra? El hecho es que raramente aparece en nuestra sociedad y no podemos estar continuamente, como hacen los políticos, cargando culpas sobre los hombros de otros. Porque la misión de la Iglesia, tras los días luminosos del Vaticano II, era y sigue siendo hacer llegar esa luz hasta el más sencillo de los creyentes, traducir ese mensaje de amor que hace que la vida se desarrolle entre la llamada de Dios, porque ama, a una misión dentro de ella y la respuesta del hombre que se sitúa en la misma dimensión de amor. Respuesta que no es a la vida ministerial o de consagración religiosa, o al menos no sólo, sino a la de hombre y mujer del pueblo de Dios, que se identifica con ese pueblo y vive gozoso de pertenecer a él. Sería ésta la forma de hacer visible socialmente el «hecho cristiano», como una realidad del presente, que hace caminar al futuro, conectada con la vida actual, partícipe de los «gozos y alegrías» del hombre de hoy.

Nos damos cuenta de que hemos intentado cambiar de métodos, pero quizás no hemos cambiado de práctica ni de espíritu, al menos son tan pocos los que se han *aggiornado*, y eso repercute en la imagen que estamos dando en esta sociedad tan plural que necesita rasgos distintivos para reconocer, pero que quiere que esos rasgos le digan algo, le muevan, le ayuden a dar pasos y comprometerse. No quieren que sea más de lo mismo, disfrazado con trajes nuevos. ¿Por qué no dejar hablar al Señor?

Fernando Sebastián hace una llamada a la reflexión y a la acción ante el problema de la deserción y descristianización actuales: «Los cambios culturales de estos últimos años han provocado una ola de deserciones y han debilitado la fe de muchos cristianos. Es preciso fortalecer la fe de los cristianos y anunciar el Evangelio a quienes han dejado de serlo o no han llegado nunca a la fe a pesar de vivir en un país de larga tradición cristiana. Los nuevos problemas requieren

9. *Ibid*, 25.

nuevos remedios. Tenemos que aprender a vivir todos como miembros de una Iglesia verdaderamente evangelizadora y misionera. En nuestro propio mundo. No podemos aceptar como normal la situación actual en la que tantos cristianos desertan de la Iglesia, en la que sólo un pequeño porcentaje de bautizados viven cristianamente, en la que las generaciones jóvenes crecen en un mundo prácticamente ateo, sin una relación vital con la persona de Jesucristo ni con el Dios de salvación»¹⁰. El pasado nos deja en herencia toda la fe de una Iglesia encarnada en cada tiempo y nos pide que seamos nosotros los que aprovechemos esos 're-tales' del pasado, que son vida para el futuro desde el presente y es fundamental la experiencia personal con Jesús y con Dios, Padre de misericordia.

1. *Los nuevos movimientos y los movimientos nuevos*

Uno de los medios de la «Nueva Evangelización» son los «nuevos movimientos», nacidos, sin duda, de una intención renovadora de la imagen y la práctica de la Iglesia. Constatamos un signo muy positivo: las familias que se comprometen en ellos se identifican con la vida de fe, realizan una preparación seria, entran en la dinámica de la palabra, se dejan iluminar por ella... Ciertamente señal de vida es que de ellos surgen vocaciones para la vida laical, religiosa y ministerial, con una vivencia de la fe generosa y abierta a los hermanos. ¿De qué adolecen, en mi opinión, algunos de estos movimientos? En la puesta en escena: La imagen que proyectan, no es la de una Iglesia que se renueva, sino la de un grupo que se aferra, de manera un tanto cercana al fanatismo, a los mismos pensamientos anteriores. Opino, desde el conocimiento de varias de ellas, que la visión está falseada y que los militantes en estos grupos quieren que sea una forma de actuar, más que una forma de pensar, pero el imaginario social se niega a verlos como renovación y novedad de vida. Quizás por la tendencia de nuestra sociedad a apartar las creencias del contexto social y tender a reducirlas a contexto meramente religiosos: «No se considera normal y corriente que la fe baje espontáneamente a la vida diaria, y cuando desciende a ella, se supone que nos encontramos ante personas 'algo exageradas y raras'; lo sensato y de buen gusto es mantener un tanto separadas de lo cotidiano las creencias religiosas»¹¹. Pero esto no es tan de última hora. En la misma España nacional-católica, en la que lo religioso marcaba el ritmo de la vida cotidiana, al paso de las filas de seminaristas por las calles de la ciudad, he oído a personas que no tenían aspecto de anticlericales decir «¡pobrecitos!», como si de un mal se tratase el camino hacia el ministerio emprendido. Esto supone una herencia recibida en la que la fe era más un «tono social», que una respuesta personal a la llamada de Dios.

10. F. Sebastián Aguilar, *Evangelizar*, 39.

11. *Ibid.*, 28.

Por eso son necesarios «movimientos nuevos» que se integren en un proceso de vida cristiana, dentro de la dinámica de las parroquias, aun con su perfil propio, y experimenten la realidad de Dios en sus vidas y la trasmitan en la actuación diaria, en orden a que la gente vea no un grupo de personas que piensan de determinada forma, sino una comunidad de hermanos que se manifiesta en cada uno con toda la fuerza que el Espíritu pone en ellos. Porque sólo así se puede superar la tendencia (lo vemos en la prensa diaria) a sacar a relucir casi exclusivamente lo que son fallos, anacronismos, autoritarismos, a juicio de los que hacen oír su voz. La situación actual es una oportunidad preciosa para repensar la fe y experiencia cristianas.

El movimiento nuevo está inserto en la movilidad del Jesús que recorre toda la Galilea, Judea y Samaria para extender la buena noticia y escoge a un grupo «para que estuviera con él y mandarlos después a predicar» (Mc 3, 15). Me parece de suma importancia la primera parte «para que estuvieran con él», pues solamente desde la experiencia se trasmite la vida, se realiza el movimiento nuevo de acercamiento de la persona humana a Jesús, personificación de la Buena Noticia para todos. Teniendo en cuenta que el hombre de hoy necesita convenirse de que el mundo y la historia forman parte de un ámbito de totalidad con sentido, en la significación de base para su vida y de orientación o camino para la misma, dirección que ha de tomar. De esta manera sí se abre a palabras nuevas que dan novedad y sentido de futuro a su existencia. En pocas palabras es necesario evangelizar, porque «no cumplimos con los mandatos del Señor ni con las recomendaciones de la Iglesia, si no nos planteamos con realismo y exigencia la evangelización de nuestro mundo. La condescendencia, la rutina, la tibieza, no nos permitirán dar nunca la respuesta adecuada al desafío de la secularización. Las palabras de san Pablo no nos pueden dejar indiferentes: 'El amor de Cristo nos apremia' (2 Cor 5, 14), ¡Ay de mí, si no evangelizase!' (1 Cor 9, 18)»¹². Y de aquí pasamos al punto siguiente.

2. Nueva Evangelización, mirada al futuro

Hace años que damos vueltas a qué significa «nueva evangelización», a la que Juan Pablo II, con gran sentido de la realidad y las necesidades de nuestro mundo, de cara a los Quinientos Años de la Evangelización de América y al Tercer Milenio del Cristianismo, nos lanzó con una consigna que se ha hecho famosa, y hasta inmortal, podríamos decir.

Nos dijo a toda la Iglesia que nos hemos de empeñar en una *Nueva Evangelización*, que no es nueva porque proponga nada nuevo, sino porque nosotros, los evangelizadores, conscientes del momento histórico en que vivimos, y conscientes también de la gran evolución de nuestro mundo, por fidelidad a la palabra

12. F. Sebastián, *Ibid.*, 40.

que nos ha sido confiada, tenemos que anunciar hoy el Evangelio con nuevo *ardor*, con nuevos *métodos*, con nuevas *expresiones*.

Sin duda son tres rasgos que muy certeramente caracterizan lo que ha de ser la propuesta evangélica para el hoy que nos toca vivir. Creo que hemos de desterrar de nosotros todo sentimiento de derrotismo o revancha contra los «pobrecitos» que se han apartado de la fe que sus padres les transmitieron. Quizás esa fe se transmitió, como señalábamos más arriba, en forma de reglas que había que cumplir. Un poco puede habernos ocurrido a la Iglesia lo que pasó con «los guardianes» de la fe en el Antiguo Testamento: de tanto querer señalar el camino, lo hemos estrechado hasta el punto de que las personas de hoy se sienten incómodas y no lo transitan. Siempre fue difícil la evangelización, nunca la cara externa correspondió a las vivencias interiores. Por eso es importante que, para dejarnos imbuir de la metanoia, del cambio que nos exige la nueva evangelización, meditemos y desentrañemos qué nos quiere decir Juan Pablo II con estas tres palabras con las que él caracteriza la 'nueva evangelización':

—Con nuevo *ardor*, porque la palabra abrasa nuestras entrañas, como dice el profeta, y no descansa hasta que se hace fuego en todos los demás. Un fuego que elimina la escoria que puede haber en cada uno de nosotros, que nos hace «oyentes» de la Palabra y, por esta razón, nos dejamos, los primeros, tocar por ella y sale de nosotros no como cosa sabida, sino como realidad vivida, así todos serán testigos del calor que ponemos en nuestras palabras. Sobre todo, porque confirmamos nuestra palabra con el testimonio de nuestra propia existencia.

—Con nuevos *métodos*, porque sabemos emplear todos los medios posibles, ya que han cambiado mucho las circunstancias del mundo, y sabemos meter el Evangelio en las nuevas formas de vida. Y no se trata de cambiar las maneras externas de presentar el Evangelio, sino de acercarnos a la realidad de todos, jóvenes, niños o mayores, de escuchar su vida, de traer a ellos la misericordia, de eliminar los miedos para que descubran al Dios que «ama tanto a las personas que no puede vivir sin ellas. Ese Dios Padre que nos busca, que nos espera, como el de la parábola, asomándose al camino constantemente, para recibirnos y darnos un banquete, matando el ternero cebado». ¿Cuándo serán nuestras comunidades ese lugar teológico de encuentro con el Señor, como eran con todos sus defectos las de nuestros padres y abuelos?

Nosotros hemos confundido lo de nuevos métodos con emplear técnicas nuevas, que no están de más, pero se quedan en medios vacíos si nuestro mensaje no es transparencia de ese Dios Padre que, como comunidad, nos ha llamado a hacerlo presente en el mundo. Queramos o no, somos la escritura actualizada del mensaje de Dios; si no cumplimos, si no sabemos trazar las letras que entienden las gentes de nuestro tiempo, no nos podemos quejar de que se alejen.

Y tampoco se trata de que nos llenemos de complejos de culpa, sino de que nos abramos a la fuerza nueva que Dios quiere poner en nosotros y abandonemos nuestras maneras 'seguras' de transmitir su mensaje, que ya no muestran

la novedad que éste siempre tiene, porque no son palabras, sino que es una Palabra, Jesús de Nazaret, cuya vida está latiendo hoy también en el corazón de nuestro tiempo y sólo necesita situar a las personas en la necesidad de encontrar respuestas a esas preguntas que pugnan por salir del interior de su vida y son rechazadas por muchos factores, entre los que se encuentran las percepciones de las que hemos hablado anteriormente, de lo que es un hombre religioso.

—Con nueva *expresión*, porque al hombre moderno le hablamos con lenguaje moderno. Porque nos metemos en su propia cultura. Porque hacemos nuestros sus propios problemas. Porque nos identificamos con sus aspiraciones, sus problemas y sus logros.

El entonces Cardenal Ratzinger decía en una Conferencia pronunciada en el Congreso de catequistas y profesores de religión el 10.12.2000: «Buscamos, además de la evangelización permanente, nunca interrumpida y que no se debe interrumpir nunca, una nueva evangelización, capaz de lograr que la escuche ese mundo que no tiene acceso a la evangelización 'clásica'. Todos necesitan el Evangelio. El Evangelio está destinado a todos y no sólo a un grupo determinado, y por eso debemos buscar nuevos caminos para llevar el Evangelio a todos» (L'Osservatore romano, 19 de enero de 2001).

Esto nos introduce en esa dinámica de sabernos herederos de una historia que hemos de transmitir y en la utilización del nuevo lenguaje «total» para los hombres y mujeres de este tiempo nuevo. El sentido y la actitud de búsqueda nos hacen, además, sintonizar con todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo. No nos presentamos como dueños de la Verdad, sino que ofrecemos a Cristo de quien somos servidores, Él que es la Verdad y engloba cualquier otra verdad o verdades que el mundo de hoy quiera buscar como camino de plenificación.

Nueva evangelización significa cambiar los parámetros, no del evangelio, sino de nuestra manera de situarnos ante él y proponerlo a los hermanos. Pero, a veces, ponemos el acento en la palabra «nueva», para llevarla a los espacios en los que nosotros nos sentimos a gusto, a nuestra ideologización del evangelio, cuando éste debe iluminar si nuestras ideas están conformes o no con lo que Dios quiere para la felicidad de la persona humana. No estamos dispuestos a cambiar, a escuchar, a salir de nuestra burbuja, eso sí empleamos la palabra nueva, para decir lo de siempre y reafirmarnos en nuestras dinámicas ya periclitadas, en nuestros lenguajes que ya nada dicen a los jóvenes, y no tan jóvenes, de hoy. Sin duda que la nueva evangelización ha de comenzar por los evangelizadores.

«El reino de Dios vuelve a comenzar siempre bajo este signo (el del grano de mostaza). Nueva evangelización no puede querer decir atraer inmediatamente con nuevos métodos, más refinados, a las grandes masas que se han alejado de la Iglesia. No; no es esta la promesa de la nueva evangelización. Nueva evangelización significa no contentarse con el hecho de que del grano de mostaza

haya crecido el gran árbol de la Iglesia universal, ni pensar que basta el hecho de que en sus ramas pueden anidar aves de todo tipo, sino actuar de nuevo valientemente, con la humildad del granito, dejando que Dios decida cuándo y cómo crecerá (cf. Mc 4, 26-29)»¹³. Estamos convencidos de que el Reino de Dios no viene como los reinos de la tierra entre músicas y alharacas, pero también hemos de estar persuadidos de que en cada tiempo se tiene que extender respondiendo a las ansias de plenitud de los hombres del mismo, e iluminando esa realidad concreta, enfocar con luces opacas no da luz alguna.

Porque la llamada de Juan Pablo II a «determinar los métodos más apropiados para los tiempos en que vivimos; buscar una expresión que la acerque más a la vida y a las necesidades de los hombres de hoy, sin que por ello pierda nada de su autenticidad y fidelidad a la doctrina de Jesús y a la tradición de la Iglesia»¹⁴, no es una llamada a volver al pasado, sino a recoger el reto de los evangelizadores primeros y, con idéntico ardor, hacer audible la palabra, el evangelio a los hombres y mujeres de hoy. «Estamos –nos dice el mismo Fernando Sebastián– ante una nueva manera de ver la realidad de la Iglesia y del mundo, un cambio de mentalidad y de procedimientos que puede significar el inicio de una nueva época eclesial y religiosa en nuestro mundo occidental. Si ahora, en lo que era el Occidente cristiano, estamos viviendo un duro periodo de recesión, está claro que no podemos cambiar las cosas de la noche a la mañana, pero con la ayuda de Dios y nuestra colaboración entusiasta, sí podemos cambiar la tendencia y comenzar una nueva era que llegue a su esplendor cuando Dios quiera»¹⁵. Y esto utilizando para la evangelización los medios que la técnica nos proporciona, pero no olvidando que las apremiantes recomendaciones de Juan Pablo II, necesitan además nuevo ardor misionero.

El arzobispo Rino Fisichella, presidente del Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización, decía en la Conferencia que impartió el día 6 de febrero de este año en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín: «El Dios del que hablamos, no sólo se ha hecho escuchar, sino que se ha hecho uno de nosotros. Y consigo trae a nuestra vida la respuesta a la pregunta fundamental por el sentido: ‘con la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a todo hombre. Ha trabajado con manos de hombres, ha pensado con mente de hombre, ha actuado con voluntad de hombre, ha amado con corazón de hombre. Naciendo de María Virgen, él verdaderamente se ha hecho uno de nosotros, en todo semejante a nosotros, menos en el pecado’ (GS 22). Ningún pretexto de parte nuestra. Él ha experimentado en toda nuestra condición humana, sobre todo allí cuando ella significa dolor, sufrimiento, enfermedad, muerte. La nueva evangelización requiere, entonces, la capacidad de saber dar razón de la propia

13. J. Ratzinger, *Ibid*.

14. Discurso a la Comisión Pontificia de América Latina, 1989, AAS 81 (1989), 763.

15. F. Sebastián, *Evangelizar*, Madrid 2010, 20-21.

fe, mostrando a Jesucristo, el Hijo de Dios, único salvador de la humanidad. En la medida en que seamos capaces de esto, podremos ofrecer al mundo contemporáneo la respuesta que espera o que debemos provocar en él»¹⁶.

3. *El contrapunto: una forma 'vieja' de querer llevar a cabo la 'evangelización' que el mundo de hoy (nuevo) anhela*

¿Cuál es la impresión que algunos tenemos? ¿Qué se ha hecho? ¿Cómo se entiende la nueva evangelización? Parece como si personas, con muy buena intención, pero añorantes de un pasado mejor, hubieran aprovechado para dar pasos atrás en la tarea de la Iglesia y querer permanecer anclados en un pasado que «no siempre fue mejor», que, a lo sumo, respondió a las exigencias evangelizadoras de ese tiempo, pero que no son transportables al actual, sí en lo nuclear, en lo evangélico, no en los medios, lenguaje y procedimientos.

Para no hablar con palabras propias, hago mías otra vez las autorizadas de Fernando Sebastián: «Mi impresión es que, ni en Europa ni en España, hemos percibido la seriedad y la hondura del mensaje de Juan Pablo II, o, por lo menos, no hemos logrado despertar en nuestras iglesias un movimiento auténticamente evangelizador, con clara conciencia de sus exigencias personales y comunitarias, espirituales y apostólicas. Lo que sí se percibe en bastantes lugares es una reacción al proceso secularizador y des-cristianizador, de tipo restauracionista y formalista que, si en algunas cosas puede estar justificada, no coincide con lo que tiene que ser el núcleo ni la inspiración de una época evangelizadora, orientada a romper el cerco cultural del cristianismo y a abrir nuevos espacios a la fe y a la pujanza de la vida cristiana en los pueblos y ciudades de lo que llamamos «Occidente». Restaurar los usos externos de los años pasados, no es lo mismo que recuperar la fuerza espiritual y la eficacia transformadora de las convicciones religiosas de los primeros cristianos. Y esto es precisamente lo que necesitamos alcanzar para vencer el asedio del laicismo y ampliar los espacios de la fe cristiana en este mundo desconfiado de Dios y enamorado de sí mismo»¹⁷.

Disfrazar lo *antiguo* de *nuevo* no puede ser medio de nueva evangelización, ni apropiado ni eficaz. Llama la atención que, deliberadamente, el papa Juan Pablo II no quiera hablar de re-evangelización, porque la predicación y extensión de la palabra en los primeros tiempos y en la evangelización del nuevo continente, se hizo con el ardor vivificador de hombres y mujeres de fe que marchaban por el mundo y, en el caso de América Latina, al Nuevo mundo con todo el fuego de una fe de la que vivían, que les hacía plenamente felices y querían transmitir a los demás. Iban con el mismo espíritu con el que los apóstoles se distribuyeron por el mundo para predicar la novedad de un Dios Amor que entrega al Hijo por los hijos que andaban desorientados, como «ovejas sin pastor». «La convoca-

16. R. Fisichella, Conferencia en la UPB de Medellín, Zenit, 11 de febrero de 2011.

17. *Ibid.*, 21.

toria a una nueva o segunda evangelización no implica ningún juicio de valor sobre la primera, sino la necesidad de responder a las necesidades de la época presente con el mismo ardor y eficacia con que lo hicieron los misioneros del primer anuncio del Evangelio de Jesucristo en aquellas tierras»¹⁸.

Y esto es lo importante, no querer hacer con fórmulas viejas la nueva evangelización que nuestro mundo necesita. No dejarnos engañar por palabras de aparente novedad que sólo pretenden que nada cambie. En mis ya largos años de acompañante de seminaristas me he encontrado con modelos de sacerdocio muy fructíferos en un pasado cercano que veían al hombre y la mujer de hoy como conquista para la causa. Y la evangelización es, ante todo, la oferta del don que Dios nos da a todos, oferta a la máxima felicidad, desde el interior, superando esa tentación del hombre de hoy a ser dioses y presentando que el único Dios es el Padre que, de verdad, quiere la felicidad para cada uno de sus hijos. Para predicar el amor no es preciso emplear fórmulas amedrentadoras que alejan a los hombres de un dios-ídolo que los persigue si caen, en lugar de ofrecer el abrazo del Dios-Padre de Jesús que sale al encuentro de los hombres, porque los ama tanto que «no puede vivir sin ellos» (M. Esperanza).

4. *Retales aprovechables y restos desechables*

Confieso mi confianza en la Evangelización, en la fuerza de la Palabra de Dios que es «viva y eficaz», en el esfuerzo hecho por muchos creyentes, sacerdotes y laicos, para realizar esta nueva evangelización. Y, reitero, no estamos en una sociedad eclesial en la que haya que inventar nada. El hombre postmoderno piensa que es el primero en venir a este mundo y nada ha pasado antes de él, pero nosotros sabemos que somos deudores y herederos de una «comunidad» que, desde el primer anuncio del Evangelio por Jesús, continuado por los Apóstoles y demás discípulos, ha llegado hasta hoy entre las dificultades que en cada tiempo se han presentado. A persecuciones, a testigos que han dado su sangre. Y todo esto es «herencia» que hemos de transmitir, pero de forma que sea una palabra nueva.

Fernando Sebastián nos orienta de nuevo: «Evangelizar requiere:

Centrar nuestro esfuerzo pastoral en el anuncio y la transmisión de los contenidos más centrales y originales del Evangelio de Jesucristo: el reconocimiento de la soberanía y la paternidad de Dios, la esperanza de la vida eterna, el perdón de los pecados, la donación del Espíritu Santo, la regeneración de la persona y de la vida, la práctica del amor fraterno como norma suprema y universal de comportamiento. Todo ello apoyado y centrado en la presentación y el acogimiento de la persona de Jesucristo como centro de la revelación y de la gracia de Dios. Tendríamos que ser capaces de instituir una predicación kerigmática para nuestros conciudadanos, especialmente para los jóvenes»¹⁹.

18. *Ibid.*, 23.

19. *Id.*, *Ibid.*, 27.

Las últimas palabras me parecen de una luminosidad extrema: hacer realidad el kerigma, con la misma novedad que se escuchó en los primeros tiempos, porque ya hay muchas personas de nuestra sociedad que no han oído hablar del Señor, que sólo conocen una serie de prácticas que le parecen más o menos obsoletas, pero no han sentido la novedad de una Palabra que es salvadora: «No se trata de anunciar lo que nuestros contemporáneos quieren oír, sino lo que Dios nos ha confiado por su Hijo Jesucristo para que sea anunciado a todos los hombres de todos los tiempos»²⁰.

Por esta razón es tarea de la evangelización nueva hacer de esa predicación una llamada a la libertad que la persona, predicación y obra de Jesús ha traído a este mundo y ponerlo de manifiesto no con palabras o frases bonitas o arranques de falso misticismo, sino con la ejemplaridad de una vida en libertad, de un sentido del testimonio que compromete no ideas o ideologías, sino que está libre de ellas y es capaz de denunciar la injusticia, incluso jugándose en ello la vida. Ese es el mártir, el testigo. Y es importante que los creyentes estén en la dinámica nueva, de comunidades nuevas y desechen todo aquello que son formas de pasado, aun respetando a aquellos que viven su fe en modos de piedad que a nosotros nos puedan parecer de otro tiempo. Una de las características del auténtico creyente, del evangelizador, es el respeto por sus mayores en la fe y el poder aceptar modos diferentes, pero, al mismo tiempo, sepan presentar a los jóvenes que las formas no son lo que caracteriza al ser cristiano, sino lo que hemos dicho más arriba: anunciar lo que Dios nos ha confiado por medio de su Hijo, también para los hombres y mujeres de esta época.

5. *Asentar en los fundamentos, no en ‘adornos arquitectónicos’ de ‘otra época’*

El fundamento esencial es la encarnación: No podemos pensar a Dios si no es desde esa realidad de que se hizo hombre, entró en la historia y quiere recorrerla en el devenir de cada hombre. A los jóvenes de hoy no se les puede presentar un Dios filosófico, sino el Dios de Jesús y mirando siempre a los jóvenes. Más que teología es necesario entrar en la lógica de Dios. «Somos seres que habitamos un misterio cuya realidad, más que superar nuestra inteligencia, la ilumina. Esta es su luz: ‘Dios es amor’, consiste en amar a todos gratuita e incondicionalmente»²¹.

Lo importante es «educarnos con los jóvenes». «Hay que reconstruir la experiencia cristiana según esa lógica de Dios. A tal fin habremos de caer en la cuenta de la palabra actual de Dios y de su ‘presencia samaritana’, abriéndonos paso entre no pocos residuos premodernos que nos la ocultan»²².

20. *Ibid.*, 27-28.

21. J. L. Moral, *Ibid.*, 153.

22. *Ibid.*

Las palabras de José Luis Moral dan en la diana de lo fundamental, abundando en la doble base sobre la que Jesús de Nazaret construyó su proyecto de vida: Dios-Abba y el Reino; ambas realidades nos descentran a favor de los jóvenes.

No se trata tanto de que los jóvenes lleguen a nosotros y se convenzan de lo que les proponemos, cuanto de salir al encuentro de ellos, escucharlos. Es la tarea de Jesús de Nazaret que no sale de su ser hombre, sino que entra hondamente en lo que significa el ser humano. Su oferta es la de mostrarnos a Dios para que estemos en él, pero esto no significa perdernos nosotros, sino encontrar plenitud en él. Muchas veces me pregunto qué hemos hecho para descafeinar la realidad del mensaje de Jesús hasta el punto de no interesar a los más jóvenes, de aparecer ante ellos como insustancial, de permanecer con ellos en su época de niños y que después abandonen totalmente su sentido de pertenecer a una comunidad que les debería comunicar vida.

Y creo que no podemos cargar sobre la sociedad cambiante todo el peso de la culpa. Reconocemos la dificultad que entraña ser fiel, en medio de estas coordenadas en las que vivimos, a una vida en Cristo. Pero he descubierto muchos jóvenes ansiosos de ese encuentro con Alguien que llenase su vida, que no han podido encontrarlo en el Jesús que les proponíamos o que veían se reflejaba en nuestras vidas. Me han contado de experiencias de Iglesia en la que veían más una lucha de poder que una actitud de servicio. Es verdad que la prensa se ocupa mucho de resaltar lo negativo y presenta las realidades de Iglesia como lucha entre contrarios. También que damos pie para ello con muchas de nuestras actitudes. Pienso que es injusta esta sesgada visión que los miembros secularizantes de una sociedad ya de por sí secularizada dan de la Iglesia y su jerarquía. Pero me preocupa el que hayan desaparecido los miembros jóvenes de las comunidades, a nivel visible al menos, y parezca que la Iglesia es un grupo, cada vez más reducido y con más años, de sacerdotes y obispos que obedecen al jefe que está en Roma. Es preciso que emerjan comunidades vivas que den al mundo el ejemplo de que otra manera de vivir es posible y que esa es la que lleva a plenitud.

Y no nos puede extrañar que nos quieran silenciar, si somos contrapunto positivo de conducta para ellos: «Jesús de Nazaret pasó haciendo el bien y diciendo verdades de a puño; y no se encontró mejor modo de silenciarlo que matándolo. Sin embargo no fue aquella una muerte en balde. Perseguimos algo que ya está en nosotros, en todos los rincones de nuestro mundo: la existencia humana se despliega al estilo de una magna obra de arte que ansía dar o sacar a la luz su sentido con brochazos irregulares de la vida cotidiana o aquellos más sublimes de las grandes ocasiones... Dios está con nosotros para 'dar a luz' la realidad que somos ya por la libre iniciativa de su amor»²³.

23. *Ibid.*, 155.156.

Por eso no necesitamos adornos de otra época, porque de Dios son los tiempos y éste es el mejor tiempo para los que le siguen, porque es la actualidad de Dios en el mundo, ese mundo al que, decíamos antes, ama entrañablemente. Todo lo que Dios nos comunica no existe en estado puro –para nosotros– sino dentro de una interpretación determinada, hija del hombre y de la época correspondiente. A cada día le basta su propio afán. No malgastemos el tiempo en añoranza de épocas que sólo fueron distintas, el volver el rostro a un pasado, que nos parece más tranquilo, está alejado del espíritu de evangelización que mira al futuro y siempre en camino. Los monumentos antiguos pueden parecer y son bellos, pero la arquitectura de la persona de hoy es también bella, aunque sea diferente, o mejor, porque es diferente, muestra de la belleza de ese Dios-amor al que podemos llamar Abbá, papá.

RETOQUES

Aun corriendo el riesgo de que algunas de nuestras personas más fieles puedan escandalizarse, no puede esta «prudencia pastoral mal entendida» impedir que se conozcan las reformulaciones teológicas que han modernizado el lenguaje y han puesto al día el significado, muchas veces simbólico, de pasajes, sobre todo del Antiguo Testamento. Olvidando que lo importante es la experiencia cristiana, no se esclarecen conceptos básicos, asimilados por la teología y sancionados por el Vaticano II. En el tema de la Escritura es importante darle la dimensión de reconstrucción teológica de muchos de sus episodios o el carácter simbólico y no histórico, con los que la Biblia, en categorías mítico-simbólicas, intenta comprender y expresar los misterios de la vida humana: «La racionalidad actual yerra si trata de leer y traducir científicamente la revelación bíblica excluyendo o destruyendo su fundamental valor simbólico; pero la resistencia a descifrar y verter en categorías modernas los datos revelados, por un lado, condena al destierro del sinsentido a la experiencia cristiana y, por otro, oscurece la luz destinada a iluminar el horizonte humano. Precisamente, la pervivencia de una difuminada y predominante mentalidad mítica (y mágica) está retardando, cuando no impidiendo, que el cristianismo rebrote con la forma moderna, única configuración convergente con la vida e historia contemporánea. A la ‘carne nueva’ de los seres humanos le resultará salvadora una historia y experiencias pasadas en grado de sentirse ‘como de la propia carne’. Poco fomenta este dinamismo, si los mojones básicos de esta historia indican mal los caminos de salvación. Algo de esto sucede con ciertas lecturas deformadas de la creación, encarnación y salvación profundamente arraigadas en una ‘mentalidad católica’ incapaz de encajar con la actual»²⁴.

24. *Ibid.*, 164.

¿Cómo predicar al Dios-amor y hacerlo creíble, si lo presentamos como capaz de castigar con procedimientos horribles? ¿Cómo presentamos a Jesús-Hijo, si lo queremos despojar de toda la limitación que él mismo quiso tener, al hacerse hombre y lo presentamos no como el Padre quiere: asumiendo y descubriendo poco a poco su misión y realidad, sino como a nosotros nos gustaría, un Dios encarnado, que lo sabe todo desde el principio y que es sólo una sombra de hombre (teoría-praxis muy cercana al monofisismo)? Por otra parte una religiosidad poblada de sacrificios, de ejercicios reparadores o expiatorios, lleva a una «concepción mercantilista» en la que la salvación se sitúa en el esquema «premio-castigo». Acumulamos servicios-beneficios y, gracias a ellos, el Padre-Dios, al final de la vida, nos dará su recompensa. Obviando algo tan importante como es la «total gratuidad» y enzarzados en una mentalidad clásica en la que los dioses se preocupan de «hacer faenas» a los hombres y en los que los defectos humanos están en su máxima expresión.

«Hoy reconocemos que ‘creación-redención-salvación’ significan la realización plena del hombre; en la práctica, el ‘imaginario’ religioso católico no ha expulsado muchos de esos fantasmas que lo colonizan... De ahí que, el ‘imaginario’ religioso de los católicos se exteriorice con una especie de ‘deísmo intervencionista’: invocamos al que está en los cielos (nosotros en la tierra) para hacerle presente esto o aquello, para que ‘escuche y tenga piedad’, en suma, para que intervenga, si esa es su ‘voluntad’; admitimos que la mentalidad moderna lleva razón al reclamar la autonomía, pero no hacemos ascos a que Dios se la salte, dando por supuesto que está ‘allá’ (nosotros ‘aquí’) y ha de acudir cuando nuestras súplicas e intercesiones se lo ruegan»²⁵. Con lo que dividimos la realidad en dos zonas: una sagrada, la que pertenece a Dios, y otra profana, la nuestra. Lo religioso está en la primera, la vida cotidiana se desarrolla en la segunda, que apenas se interesa por la relación con Dios, por eso no importa negarla. O podemos usarla cuando nos parezca necesaria. Es el Dios al que puedo comprar, el dios Moloch que me permite transacciones a cambio de darle algo.

Es urgente analizar el universo simbólico en el que se forjó la experiencia cristiana de las generaciones anteriores que veían como normal la constante intervención de factores sobrenaturales en lo cotidiano de la vida humana. De ahí vienen muchas de las *razones para no creer* de contemporáneos nuestros que, en este imaginario, atribuyen a la *maldad de Dios* fenómenos como terremotos, tsunamis, erupciones volcánicas, inundaciones, sin haber ellos entrado en la concepción moderna del mundo al que Dios da leyes autónomas que prohíben toda representación mágica o intervencionista de seres divinos o demoníacos. Hay que cambiar el modo de concebir la acción de Dios «si queremos devolver al discurso teológico y a la experiencia cristiana esa credibilidad que a menudo parece faltarles en nuestra cultura, hay que superar tanto la estructura conceptual

25. *Ibid.*, 167.

como el 'imaginario' religioso dependientes de otros contextos y cosmovisiones. Esa experiencia se acreditó con unas razones propias de su época; ahora hay que buscar una nueva justificación de su presencia y sentido actual»²⁶. Está claro que no se trata de una nueva denominación de las cosas, de una apariencia de que nos hemos puesto al día, porque sabemos emplear medios técnicos o nuevos métodos pedagógicos; se trata de hacer caer en la cuenta del misterio salvador que envuelve la vida, de la 'actitud' inequívoca de liberación que el ser cristiano lleva en sí, porque algunos «como mucho han cambiado los modos, pero siguen los mismos esquemas mentales. Y, sin embargo, sin el coraje para renovarse a fondo, esa práctica quizás sirva de sostén a una 'religiosidad de consuelo' o de ritos y formas, capaz de llenar espacios que, subjetivamente, son fundamentales para los individuos; sin embargo, y por eso mismo, se incapacitan para llenar de sentido y humanidad la vida de las personas»²⁷. Nuestra fidelidad tiene que ser doble: a la tierra, porque estamos llamados a contribuir a la construcción de la sociedad nueva, y al 'espíritu', para que éste ilumine lo que pasa en la vida y nos haga descubrir cómo Dios está presente en nuestra historia.

1. *Desde una sociedad en continuo cambio*

Una de las dificultades mayores que encontramos es que no estamos en una sociedad cuyos parámetros hayan sido sustituidos por otros y permanece estática con otros puntos de referencia, sino en una sociedad que está en continuo cambio. Esta realidad hace y exige de nosotros estar siempre vigilantes, no emplear lenguajes, ni símbolos que nosotros creemos juveniles y son ya propios de otros jóvenes de un tiempo no lejano, pero ajenos a los jóvenes de hoy. Con una reflexión importante: el mundo de los jóvenes es suyo propio, cada vez sus perfiles son más diferentes del mundo de los mayores. En los años 50 a 80 el mundo juvenil era un remedo «inmaduro» del mundo de las personas mayores, ahora ellos han reclamado su propia identidad y la han conseguido.

Puede que no nos gusten los métodos empleados, ni los lugares donde se desarrolla, ni que el ámbito de la noche, antes signo del vacío y de la carencia, se haya convertido en un espacio lleno de luz y de música, la que ellos quieren tener. Pero no nos creamos que cuando hemos comprendido a una generación y nos hemos acercado a ella tenemos ya hecho el camino de acceso a todos los jóvenes. Si pretendemos estar cerca de la siguiente generación también hemos de salir al encuentro de éstos, para escucharlos y descubrir sus afanes, sus reivindicaciones, sus luces y sombras. Y, en todo caso, más que intentar dar nosotros respuestas, hemos de suscitar en ellos las preguntas que les lleven a lo más íntimo de su interrogante personal, de su ser y vivir, de aquello que está enterrado en lo hondo de su persona y que no pueden desenterrar sin la ayuda de alguien

26. *Ibid.*, 169.

27. *Ibid.*

que les invite a cuestionarse. Sería importante que los mismos jóvenes fuesen evangelizadores de los jóvenes, desde las mismas situaciones vividas, aunque el acompañamiento (recorrer con ellos el camino, más que imponerlo) sea tarea de personas preparadas para ello. Pero éstas han de tener ante todo una gran capacidad de escucha, de saber callar y así sintonizar con este mundo cambiante. Sólo desde el silencio se oyen los sonidos nuevos, del hombre nuevo.

Quizás ha sobrado palabrería y ha faltado fidelidad a la Palabra. Nos hemos querido hacer dueños de la Palabra y no la hemos dejado actuar. Hemos puesto dificultades a la expresión misericordiosa y nos hemos lanzado a anatemas y condenas. Hemos dejado de ser acogedores con los que no pensaban igual y no hemos dejado la redención en manos de Jesús. Un poco como aquellos fariseos que critican que Jesús participe en el banquete de «acción de gracias» de Leví por su seguimiento al Señor, estando presentes tantos «publicanos» (pecadores oficiales) que «contaminaban la mesa» y no hemos descubierto que la presencia del Señor en la mesa la transformaba en mesa y banquete de salvación. Este mundo nuevo en continuo cambio es el mundo amado por Dios de la misma manera que ha amado siempre a todas y cada una de las personas, incluso aquellos que juzgamos más alejados de él.

2. Los medios asumidos en su justo valor

Nos podemos formular una pregunta: Entonces ¿no hemos de utilizar los medios técnicos y pedagógicos nuevos? Pienso, al contrario, que son vía de acercamiento. El error estaría en convertirlos en fines y eso nos ha ocurrido en algunas ocasiones. Soy testigo del uso pedagógico de los medios que han llevado a comprender verdades profundas desde un «montaje» muy bien realizado, claro y directo, con un lenguaje visual y un guión que llevaba a comprender y vivir la transmisión de la Palabra de forma atractiva y eficaz. Pero también lo soy de improvisaciones, de amontonamiento de imágenes, que no tenían sentido, ni fluidez, ni hacían llegar el mensaje a quienes lo estaban viendo.

Tengo la experiencia de haber visto mantener la atención durante largo tiempo y de una «respuesta» en el diálogo que me ha dejado asombrado por la profundidad que dimanaba de los descubrimientos de ese grupo de adolescentes y jóvenes. Entre los muchos ejemplos, tras la proyección de un montaje ya antiguo, recuerdo que pedí que me comentasen cómo habían sentido ellos que era una llamada de Jesús a la misión (sin especificar que fuese en el ministerio, vida religiosa o laicado) y uno de los adolescentes, 12 o 13 años) dijo «es Jesús que pasa, te mira, tú lo miras y lo único que te apetece hacer es seguirlo». El resto de compañeros, eligió entre todas las experiencias que habían tenido, ésta como la que más respondía a lo que sentían en aquel momento. Les invité después a leer el texto de Juan 1, 35-42 y sintieron que aquella palabra, también la habían descubierto ellos. El medio audiovisual había llevado al encuentro con la Palabra.

Por esta razón es importante saber utilizarlos, no absolutizarlos, pero sí darse cuenta de que es un lenguaje nuevo en el que los más jóvenes se desenvuelven cada vez mejor, están como «pez en el agua» y desde ahí llegan a vivencias que nuestras palabras no son capaces de despertar, aunque la acción sea siempre desde el interior y sea el Espíritu quien la realiza. Es su mundo y su lenguaje de comunicación. Es curioso, por ejemplo, para nosotros que un grupo de chicos y chicas se pase juntos toda una tarde y, al volver a casa empiecen a mandarse mensajes. El medio es apropiado, darle el valor de transmisor que tiene es importante y aceptar en las imágenes y palabras elegidas también.

3. *Formar un tejido nuevo con los retales en 'buen estado'*

Se impone «lo nuevo», un tejido colorido y novedoso. Recuerdo de mi niñez personas que se dedicaban a tejer con telas viejas unas resistentes «retaleras» (así las llamaban en mi pueblo) llenas de colorido, porque diversos eran los retales de los que provenían. Así aprovechaban lo que parecía desechable y le daban una muy buena utilidad. A nosotros nos urge hacer lo mismo: los retales del Evangelio están ahí llenos de potencialidad de vida, arrinconados porque no encuentran quien sepa darles el colorido; se precisan ministros que sepan tejer lo nuevo sin ser infieles a la Palabra recibida, como aquellas mujeres de mi pueblo que, de lo ya viejo, hacían aquellas llamativas *retaleras*, el predicador del evangelio (sacerdote o laico) debe convertirse primero en *oyente de la palabra* (escoger los núcleos y vivirlos en profundidad), meditar y llevar a la práctica una vida que llame la atención por su colorido, porque es atractiva, ya que refleja la vida de Jesús y es la presencia o, como más arriba decíamos, la escritura de Dios para los hombres de hoy, y se deja moldear, se ha convertido en oyente para no repetir modos «pasados», para convertirse y acercarse, para repensar y reconstruir desde el amor a Dios: sin entenderlo como si fuese una condescendencia de Dios que espera correspondencia para convertirse en amor verdadero «cuando, precisamente por ser verdadero amor, se entrega aunque no sea correspondido. Por más que no podamos asir un misterio que nos desborda siempre, Dios es un Padre-Madre que nos crea por amor y para la salvación²⁸».

CONCLUSIÓN

A modo de rápida conclusión creo que son necesarias varias cosas que pueden devolver la fuerza al evangelio, hoy, que tiene que mantener el sentido de que somos personas llamadas a una misión, que respondemos libremente y estamos a la escucha de los «signos de los tiempos» para responder a las necesidades del hombre de hoy.

28. *Ibid.*, 207.

–Centrar el mensaje en la vida de Jesús y en lo que Dios quiere, hoy como siempre, para su Iglesia en este mundo.

–Recoger toda la herencia, lo bueno, y distribuirlo entre los ‘pobres’, los que necesitan de esta palabra nueva.

–Asumir con alegría y esperanza nuestros retos.

–Saber aceptar la verdadera alegría al modo como lo entiende Francisco de Asís.

–El reto es el de una Iglesia = εκκλησία, llamada que, a su vez, llama.

Y todo esto desde el realismo de saber en qué sociedad estamos y amar a esta sociedad y a los hombres y mujeres de ella. Ponernos nosotros al nivel de los más jóvenes no es estrategia, sino saber que ellos nos enseñan, que a través de ellos Dios nos está hablando del hoy de su mensaje, desde sus carencias y sus riquezas. Aunque es cierto lo que Fernando Sebastián dice al final de su libro y los últimos acontecimientos de ataque a la libertad de expresión de los cristianos sucedido en la capilla del Campus de Somosaguas el día 10 de marzo, precedido de prohibiciones y cierres de capillas universitarias, muestra de dejación de las autoridades académicas y de un odio, ya periclitado y de otros tiempos: «Los católicos españoles estamos viviendo un largo sábado santo de silencio y de prueba. Los enemigos de Dios pretenden ocultar su presencia en nuestra vida, muchos creyentes viven asustados y escondidos, pero María sigue firme junto a la Cruz, firme en su fe y en su esperanza. Ella nos acompaña, nos reúne en la Iglesia, con nuestros Apóstoles. Nos invita a rezar, confirma nuestra fe y nos prepara para recibir el Espíritu Santo, cuando el espíritu llene nuestros corazones, con ella podremos salir de nuestras casas, traspasar las fronteras y llevar por todas partes el anuncio de la presencia de Jesús y del amor salvador de Dios. No lo dudéis, los hombres y mujeres de buena voluntad nos lo agradecerán, están esperando esta noticia que les saque de sus tinieblas, saltarán de gozo al recibir el anuncio de la salvación, al descubrir la inmensidad de la vida luminosa y eterna que Dios pone ante nosotros por pura misericordia»²⁹.

Aunque esto sea verdad, es preciso que cambiemos, justamente para ser fieles a la transmisión de la Buena Noticia, y bajemos al terreno de nuestros hermanos, de los jóvenes, para que ellos nos evangelicen y reciban con gozo el Evangelio de Jesús, hermano, amigo, compañero en el caminar. Superemos nuestros ritos para comunicar la vida, dejemos de ser portadores de preceptos para comunicar la libertad de los que viven desde el amor de ser hijos de Dios.

29. F. Sebastián, *Evangelizar*, 417-418.